

CAPÍTULO 6

Dentro de quince días tendría vacaciones. Deseaba que llegaran para poder ir más a menudo a casa de Ariel. Ahora sólo lo visitaba una vez a la semana ya que estaba a final de curso y tenía mucho trabajo. Nos habíamos hecho muy amigos.

En vacaciones, con más tiempo, tal vez averiguara lo que me tenía tan intrigado: ¿de qué me conocía Ariel? ¿Por qué ahora estaba seguro de que así era?

Por fin llegó el día 15 de julio y tenía por delante un mes de vacaciones. Mis padres se iban quince días con unos amigos de crucero y yo me quedé solo en casa con nuestro perro. Muchos de mis amigos también se habían ido a veranear con sus padres, pero yo me sentía muy feliz de poder quedarme solo y pasar el tiempo como a mí me apeteciera.

Me despertaron los ladridos de Bluss, mi perro. Debía estar hambriento, eran las 11 de la mañana y mi madre le daba su desayuno a las 7.

—Sí, Bluss, ya sé que tienes razón, mañana te lo dejaré por la noche y a ver si así me dejas dormir —le dije mirando su cara hambrienta.

Cuando acabamos de desayunar, Bluss y yo nos fuimos a la casa azul. Encontré la puerta de la valla abierta. En una de sus barras até a

30

Bluss y me dirigí a la casa que también tenía la puerta abierta. Llamé, y al no obtener respuesta, fui subiendo por las escaleras. Al llegar a los últimos peldaños, paré en seco porque oí que Ariel conversaba con alguien. Sabía que no estaba bien escuchar una conversación ajena, pero me pareció que hablaban de mí porque oí mi nombre. Así que permanecí escuchando, pero lo que escuché a continuación fueron los ladridos de Bluss que se había desatado y subía como loco escaleras arriba hacia mí. Yo no quería que se dieran cuenta de que estaba allí, así que cogí en brazos a Bluss y bajé como un rayo las escaleras. Ya en la puerta, llamé fuerte.

—Ariel, ¿está aquí? —pregunté disimuladamente.

—Sí, estoy aquí arriba. En dos minutos bajo.

Al cabo de unos segundos oí un sonoro pip y Ariel apareció en la escalera.

Estaba intrigadísimo por saber qué decían Ariel y la otra persona sobre mí, si es que había otra persona, porque Ariel bajaba solo por la escalera.

—Si tiene trabajo, Ariel, ya vendré otro día.

—No, si te estaba esperando.

—Voy a atar a Bluss en la valla.

—¡No! Déjalo suelto, a mí no me molesta.

31

Bluss pareció entender lo que dijo Ariel porque brincó de mis brazos y se dirigió como un rayo escaleras arriba. Seguro que estaba tan intrigado como yo, pero él no disimulaba y parecía muy dispuesto a averiguar quién era el responsable de aquel pip tan curioso. Al cabo de unos

segundos reaccioné y pensé que era una buena oportunidad para averiguar quién estaba arriba. Me dirigí escaleras arriba persiguiendo a Bluss e intentando que no se notara mucho mi curiosidad. Él se metió dentro de la buhardilla y se puso a ladrar delante de lo que parecía un ordenador, pero en la habitación no había nadie. Ariel debía de hablar con alguien a través del ordenador.

Cogí a Bluss y bajé a la planta baja, donde se encontraba Ariel.

—Gonkal, ¿te apetece salir a dar una vuelta por tu barrio? Podrías enseñarme tu ciudad — parecía ilusionado.

—¡Sí, claro, me gustaría mucho!

—¿A qué hora tienes que regresar a casa?

—¡A la hora que quiera! Bluss y yo estamos solos durante quince días.

—¿Y eso? —me preguntó extrañado.

—Mis padres se fueron de viaje.

—O sea, que estás solo.

32

Bluss emitió un par de ladridos como queriendo decir que él también estaba. Me resulta extraño decirlo, pero me parecía que Bluss entendía a Ariel.

Fuimos por el paseo que unía la zona del centro de la ciudad con el barrio en que se encontraba ubicada la casa de Ariel. Mi casa quedaba a un kilómetro más o menos y conocía muy bien el entorno. Era una zona muy bonita. A un lado del paseo estaba el río y al otro casi todo era tiendas y restaurantes. El paseo era muy ancho, con árboles muy altos y muchísimas zonas con flores preciosas en el centro. Era muy agradable sentarse en los bancos o tumbarse en las zonas de césped para leer un buen libro o charlar con los amigos.

—Tenéis un paseo muy bonito, Gonkal. ¿En toda la ciudad es igual? ¿Quién cuida de las flores? —me preguntó un poco sorprendido.

—Este paseo es un poco especial. En él comenzó a pasar una cosa muy curiosa.

—¿Sí?, dime. ¡Me encantan las cosas curiosas!

—Resulta que en el centro de cada rectángulo, donde están las flores, el Ayuntamiento sólo plantó un arbusto, ése del centro, pero al cabo de pocos días empezaron a aparecer flores.

—¿Por arte de magia?

33

—No. Según mi madre, un grupo de vecinos, por iniciativa propia, empezaron a plantar flores y a partir de ese día fueron en aumento las personas que plantaban y cuidaban esos jardines. Hasta mis amigos y yo a veces nos quedamos un rato ayudando a las personas que se encargan de ello. Ahora se han organizado y cada grupo de vecinos cuida una zona de jardín, pero lo más curioso es que cualquier persona que pasa por aquí, si ve un trozo de papel o alguna hoja seca, lo recoge y lo tira a la papelera. ¡Hasta los niños lo hacen! Mis padres me contaban que cuando ellos eran jóvenes pasaba todo lo contrario. La gente arrancaba las flores y lo ensuciaba todo.

—Vaya, vaya. Y en el resto de la ciudad, ¿qué pasa?

—Pues más o menos lo mismo, se ve que es contagioso.

—Pues me alegro mucho de haber elegido esta ciudad para vivir —me dijo contento.

Continuamos paseando hacia el centro y, al pasar por delante de la tienda de Joue, un verdulero donde yo iba a veces a comprar fruta, Ariel se acercó a una caja de manzanas que estaba expuesta en la acera, cogió una y, con la mayor tranquilidad, empezó a comérsela. Parecía que estuviera en el huerto de su jardín. Yo me quedé estupefacto. ¡No podía creer lo que veían mis ojos! No me hubiera imaginado nunca que Ariel fuera capaz de robar. Aunque fuera una simple manzana, aquello era robar.

34

Como me estaba temiendo, Joue se dio cuenta. Vi cómo salía todo enfurecido y chillando.

—¡Viejo ladrón!, ¿qué te has creído?

Ariel miró a ambos lados como si quisiera averiguar a quién le chillaba de aquella manera el verdulero. Yo hubiese querido desaparecer ante aquella situación tan desagradable, pero Ariel, tan feliz, continuaba comiéndose la manzana. Había gente rodeándonos y nos miraban.

—¿Por qué está tan enfadado, buen hombre? —preguntó tranquilamente Ariel.

—¡Y encima se cachondea de mí!

—¡Joue, deja de chillar, yo te pago la manzana! —le dije atemorizado.

—¡Uy, es verdad, no me acordé de que hay que pagar! Aún no estoy acostumbrado, ¡ahora mismo se lo pago!

Ariel se sacó dinero de su bolsillo y se lo entregó a Joue, pero Joue estaba muy enfurecido.

—No quiero tu sucio dinero, lo que quiero es que os larguéis de aquí —nos dijo tirando el dinero al suelo.

Entonces se dirigió a mí amenazándome.

—¡Y tú ten cuidado de a quién traes a mi tienda, o te enterarás! —me dijo con una cara

35

de odio terrible y alzó el brazo amenazándome. Ariel debió de creer que me quería hacer daño y le cogió por la muñeca. Yo entonces me puse a temblar. Con lo bruto que era Joue y lo enfurecido que estaba, podía pasar cualquier cosa. Pero para mi asombro no fue así. Joue no opuso ninguna resistencia, es como si Ariel le hubiera tranquilizado tan sólo tocándolo.

—Joue, tienes razón, yo cogí una cosa que era tuya, pero tu reacción fue exagerada e inapropiada, perjudicial para todos y sobre todo para ti —le dijo Ariel muy tranquilamente.

—Perdone, he tenido un mal día y tal vez haya exagerado —Joue parecía un cordero.

—¿Qué te pasa, Joue? Tal vez pueda ayudarte —le dijo Ariel.

Joue empezó a contarle su vida. Yo, mientras, me senté en un banco del paseo analizando el suceso. Primero Ariel roba y después lo corrobora diciendo que no está acostumbrado a pagar;

no se altera ni se enfada por nada, tiene una fuerza increíble, sabe tranquilizar a una persona enfurecida y, por si fuera poco, a mí me conoce y yo no sé de qué. De hoy no pasa. Hoy se lo preguntaré todo.

A los diez minutos, Ariel venía hacia mí con una bolsa llena de fruta.

—Pero, ¡Ariel!... Encima de lo que le ha dicho, ¿le compra usted fruta? —yo estaba alucinando.

36

—No se la compré, me la regaló.

—¡Pues yo se la hubiera tirado en la cara! —le contesté rápidamente.

—Uy, uy... Cuánto rencor has acumulado en pocos minutos.

—Pero, ¿cómo puede estar tan feliz después de lo que le ha dicho? ¡Yo no volveré a comprarle nunca más! ¡Nada!

—Y ¿por qué no iba a estar igualmente feliz? Yo soy el que decido como quiero estar, no los demás. ¡Gonkal, libera la rabia que has acumulado para que no te perjudique!

Yo tenía un nudo en la garganta, no pude más y me eché a llorar. Ariel pasó el brazo por encima de mi hombro para consolarme y comencé a sentirme muy bien, en paz. Entonces comprendí porqué Joue se había tranquilizado tan rápido cuando le cogió por la muñeca.

—Ariel, ¿será sincero conmigo si le pregunto? —tenía que preguntarle ya sobre mis dudas.

—¡Claro que sí! Siempre lo soy.

—¿Usted me conoce?

—¡Claro que te conozco, qué pregunta!

—¿Quiero decir que si me conocía antes de que chocáramos en el paseo?

37

—Un poco.

—¿De qué me conocía?

—Eso todavía no te lo puedo decir.

—¡Dijo que sería sincero y no quiere contestar! —empezaba a mosquearme, quería saberlo ¡ya!

—Yo he sido sincero, ahora no puedo explicártelo todavía.

—¿Por qué?

—Porque no estas preparado para saberlo. Cuando lo estés, te lo diré.

—¿Y cuándo estaré preparado?

—Pues, por ejemplo, cuando sepas controlarte y actuar con inteligencia ante una circunstancia como la de antes.

—¡Yo me he controlado delante de Joue!

—Sí, sí, ya sé que delante de él te controlaste, pero fue el miedo y la rabia quién te controló a ti, y así te ha dejado.

—¿Cómo es que tiene tanto autocontrol? —pregunté fascinado.

—Porque yo siempre elijo mis respuestas, sea cual sea el estímulo, no como otros... —dijo dándome una palmada en mi hombro.

38

—¿Qué quiere decir con que elige las respuestas?

—Bueno, pues en el caso de antes, cuando Joue me ha dicho que era un ladrón, yo soy dueño de elegir mi respuesta ante esa acusación y elegí no enfadarme, porque los otros no mandan en mis sentimientos, yo soy dueño de ellos. ¿Por qué iba a enfadarme si un señor tiene un mal día y piensa que yo soy un ladrón? No hay motivo alguno.

—Sí, pero cuando levantó la mano se la retuvo.

—Eso es diferente, si te atacan tienes que defenderte, pero sólo defenderte, sin la intención de hacer daño al otro.

—¿Cómo sabía que no era más fuerte él que usted?

—Eso es otra cosa que todavía no puedes saber.

—Pero, ¿cómo pudo calmarlo tan rápido?

—Entre otras cosas, porque yo sentí lo desgraciado que era, que por eso actuaba así; digamos que lo comprendí. Cuando hablamos, y sobretodo cuando discutimos con alguien, lo que transmitimos son nuestros sentimientos, que muchas veces no se corresponden con las palabras. En el caso de Joue noté amargura y soledad en sus palabras.

39

—Pues yo noté violencia y...

—Es que tú no lo estabas escuchando de verdad. Al oír lo que dijo te cerraste y sólo te llegaban sus palabras, no sus sentimientos.

—A ver si lo he entendido... ¿Usted captó esos sentimientos que ha dicho porque estaba más pendiente de eso que de las palabras?

—Claro, por eso mi respuesta hacia él fue la adecuada, por eso se calmó enseguida.

—Ahora comprendo porqué estaba tan enfurecido conmigo y sin haberle robado nada, porque yo, al decirle que le pagaría la manzana, sentía mucha rabia y rencor hacia él y él sólo captó eso —parecía que lo empezaba a comprender.

—¡Muy bien, Gonka! ¡Lo has comprendido! Ahora sólo te falta ponerlo en práctica.

—¿Cree que yo podré hacerlo así algún día?

—Lo harás antes de lo que imaginas.

—Ariel, quisiera saber si es verdad que no paga las cosas. ¿Cómo dijo que no está acostumbrado? ¿Es verdad?

—En el lugar en el que vivo no hay que pagar nada.

—Y, ¿cómo lo hacen? —no me lo podía creer.

40

—Te lo contaré más adelante.

—Ariel, ¡no me contesta ni la mitad de mis preguntas! Y eso de que no necesitan dinero, que no hay que pagar, me gustaría mucho saber cómo lo hacen.

Ariel me propuso que le trajera al día siguiente una lista de cosas que mejorarían si no existiera el dinero, si no tuviéramos que pagar nada.

41

CAPÍTULO 7

Al llegar al final del paseo nos despedimos y me fui a mi casa. Ariel cada vez me tenía más intrigado, quería estudiarme muy bien, de eso no cabía duda, pero siempre hablaba de cosas muy interesantes e intuía que tenía una inteligencia muy por encima de la de nosotros. Al final decidí hacer todo lo que me pidiera para conseguir información suya.

Al llegar a casa me fui a mi escritorio dispuesto a hacer una gran lista de lo que me había pedido Ariel. Estuve hasta muy tarde y lo poco que conseguí hacer no me satisfacía. Cuanto más me esforzaba, menos ideas venían a mi mente. Acabé poniéndome nervioso, con lo fácil que supuse que sería. Rompí mis notas y me fui a la cama. Conecté mi música favorita y respiré profundamente para relajarme.

A la mañana siguiente, me levanté temprano. Bluss todavía estaba durmiendo en la alfombra.

—¡Hoy te he ganado, Bluss! —grité triunfalmente.

Al oírme dio un brinco y empezó a ladrar. Su aspecto era de felicidad por no ser el primero en despertarse. Últimamente se encontraba muy solo porque madrugar no era precisamente mi debilidad.

Desayunamos, y como era un poco temprano, decidí ir andando a casa de Ariel. Al llegar al

42

paseo, vi a unos doscientos metros por delante de mí a una persona que estaba haciendo footing y a simple vista me pareció que llevaba un ritmo muy rápido.

—Bluss, ¿qué te parece si intentamos ganarle?

Yo era buen corredor y además llevaba puestas mis mejores zapatillas, así que me propuse ganarlo. Corría con todas mis fuerzas, pero cada vez la figura delante de mí se veía más lejos, era un corredor extraordinario. ¿Quién sería? Al cabo de un rato yo estaba agotado por el esfuerzo. Al divisar la casa de Ariel decidí poner fin a mi particular competición, pero mi sorpresa fue grande cuando vi que mi competidor aflojaba su marcha y entraba en la casa. Cuando llegué me desplomé agotado en el banco del jardín. Ariel me vio desde dentro y salió a saludarme. Al ver que llevaba la misma ropa que el corredor me quedé de piedra y no dudé en preguntarle:

—Ariel, ¿era usted el que estaba corriendo por el paseo?

—Sí, acabo de llegar de mi paseo matinal.

—Pero, ¿cómo puede correr tan deprisa?

—¿Cuándo me viste?

—Pues ahora, yo corría detrás para ver si lo alcanzaba, pero no sabía que era usted.

43

—Mañana te espero, corro cada día de 6 a 8 de la mañana.

—¿Dos horas corriendo sin parar? ¿Y al ritmo de hoy?

—Bueno, cuando empiezo voy más deprisa.

—Pero Ariel, eso no lo aguanta nadie y menos si tiene su edad.

—¡Uy, qué debiluchos estáis los jóvenes de hoy!

—¿Cuántos años tiene, Ariel?

—Donde vivo no contamos los años igual que vosotros. Diríamos que tengo una edad media, ni joven ni viejo.

Me quedé de piedra. Más que por los años, aquello corroboraba lo que bullía en mi cabeza desde que conocí a Ariel. Aún tenía muchas dudas sobre él. ¿De dónde venía? ¿Quién era? ¿Qué hacía en mi ciudad? ¿De qué me conocía?

—Ariel, ¿puede explicarme cómo consigue mantenerse así a su edad?

—Comiendo cosas saludables, llevando una vida sana, teniendo siempre pensamientos positivos, trabajando mucho... Y más cosas que no te puedo contar.

—No, no, eso no vale, así no me entero de

44

nada. ¿Cuál es su dieta?

—Básicamente, fruta y verdura y algunos concentrados en tabletas.

—¡Si yo comiera sólo eso, me moriría de hambre! Pero, ¿cómo es vuestra fruta y verdura, Ariel? ¿Tiene alguna para probar?

—No tengo ninguna, pero te voy a dar un concentrado, que de eso sí traje y creo que ahora te hace mucha falta.

Entró dentro de la casa y apareció con una cajita que abrió y me ofreció una especie de tableta. Había de varios colores.

—Coge la naranja —me dijo.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque es la que te conviene más en estos momentos.

La comí. Tenía un sabor agradable y se deshizo en mi boca casi sin masticar.

—¿Por qué la naranja?

—Porque estás al límite de tu energía por el esfuerzo que has hecho y esas son para eso.

—Y, ¿cuándo me hará el efecto?

—En un par de minutos.

45

—Explíqueme lo de llevar una vida sana, ¿a qué se refiere?

Mientras Ariel me explicaba, yo tenía una comprensión y atención que nunca antes había tenido, ni cuando estaba inmerso en lo que más me interesaba. Al mismo tiempo notaba mi cuerpo ligero y con mucha vitalidad. Aquellas tabletas eran increíbles.

—Ahora tus deberes, Gonkal.

—Pero, Ariel, ¡que yo le he preguntado primero! ¡Hoy me contesta usted y mañana yo!

—No has preparado nada, ya lo veo.

—No pude, me puse nervioso y lo dejé, pero podríamos comentarlo juntos, me irá bien un poco de ayuda.

—Bueno, déjalo, tal vez pueda enseñártelo personalmente algún día.

¡No podía creer lo que oía! En aquel momento lo que más deseaba era conocer su país, su mundo.

—¿Cuándo iremos?, ¿mañana? —pregunté ansiosamente.

—Tranquilo, que todavía tengo que hacer muchas averiguaciones.

—¿Quiere saber más cosas de mí? ¿Pregunte

46

lo que quiera?

—No se trata de averiguar cosas de ti, sino del permiso de mis superiores para poder llevarte conmigo.

—Pero yo soy mayor de edad y puedo viajar a cualquier país.

—Donde vivo no es un país como los que conoces y serías el primero que viajara a él si nos dieran el permiso.

—Ariel, por favor, llámalos o deja que yo se lo pida. Me muero de ganas de ir.

—Lo haré a su debido tiempo, no te preocupes. ¿Ya has empezado tu proyecto? —me preguntó cambiando de tema.

Una vez había cambiado de tema, ya no podría sacarle nada más sobre el viaje. Empezaba a conocerlo y cuando no quería o no podía dar más información, cambiaba de tema.

CAPÍTULO 17

—Mira, Gonkal, ahí es donde viven mis padres.

Las casas eran como las primeras que vi en los campos de kils, había un centenar de ellas. También se divisaban unas edificaciones diferentes en la parte norte del pueblo.

—Kim, ¿qué son aquellas edificaciones? ¿Vive alguien allí?

—No, aquello son unos secaderos de plantas, mi padre trabaja en ello. El clima de esta zona es el más adecuado para la conservación y secado de las plantas. Muchas de ellas se recogen en estas montañas, pero también se cultivan en otros lugares y las traen aquí para secarlas.

Nos estaban esperando dos personas en el aparcamiento, una era la madre de Kim. El hombre que estaba con ella supuse que sería el padre. Era muy alto y, como Kim, también era rubio y tenía los ojos azules. Tenía la piel más curtida por el sol.

—Hola, Gonkal, seas bienvenido —dijo el padre de Kim dándome un abrazo.

—Gracias, señor Davi —contesté muy ilusionado.

—Hola, Gonkal, ¿cómo te va con tu nuevo traje? —me preguntó la madre de Kim.

138

—Muy bien, gracias, ya me acostumbré. Lo difícil será ponerme de nuevo mis vaqueros.

—Ven, vamos, que te enseñaré nuestra casa. Kim y Davi, durante un buen rato, nos ignorarán por completo hasta que no se lo hayan explicado todo. Siempre hacen lo mismo, desde que Kim está en la ciudad.

Las casas no eran tan altas como en la ciudad. Tenían dos niveles. El patio interior también estaba cubierto por un techo de cristal. La casa de Kim era preciosa y estaba decorada con muy buen gusto. Con Gina no tuve necesidad de preguntar ya que era muy habladora y en un momento me explicó todo sobre las casas.

—Ahora, Gonkal, te iría bien descansar, ya que esta noche creo que trasnocharemos un poco.

—¿Por qué, Gina? —dije intrigado.

—¡Ah!, no te lo puedo decir, es una sorpresa —dijo con una sonrisa sospechosa.

Cuando me acompañó a mí habitación aproveché para anotar lo que me había explicado Gina. Las casas estaban agrupadas alrededor de un gran patio interior comunitario por varias razones: el techo de cristal, no era cristal exactamente, era de un material especial que acumulaba energía para todo el edificio; cuando hacía frío, como ahora, lo mantenían cerrado y los días de más calor, el techo se desplazaba

139

sobre unos rieles y así el patio quedaba al descubierto. También tenían un sistema que cubría toda la terraza y el patio para recoger las aguas de lluvia y que se desplegab automticamente al comenzar a llover. Me dijo que toda el agua que necesitan para las viviendas es de lluvia. Naturalmente en cada manzana de casas reciclaban para diferentes usos. Las familias hacían su vida en sus viviendas, pero siempre que lo deseaban o tenían necesidad sólo tenían que acceder al patio interior donde encontraban todos los suministros

necesarios y amigos con quien charlar. Si no les apetecía cocinar o, como en el caso del padre de Gonkal, estaba solo durante el día, comían en el restaurante o les llevaban la comida preparada a la casa. Los niños pequeños podían jugar en la zona de juegos del patio sin ningún peligro, tenían siempre personas destinadas a su cuidado aunque en la calle tampoco corrían ningún peligro, ya que no los podía atropellar ningún coche. Acabé de anotar lo que me interesaba y bajé a la planta baja. Me apetecía más estar con Gina, que era estupenda, que descansar. La encontré en la cocina.

—Hola, Gina, ¿te ayudo?

—Sí, gracias ¿Te pasa algo?, te veo triste.

—Es que, ¿sabes? Cuando estoy solo y comparo la organización vuestra con la nuestra me entristezco, porque veo lo sencillo que es todo aquí, y lo complicado que lo hacemos nosotros.

140

Gina me recordó a mi madre, dejó lo que estaba haciendo y me hizo sentar a su lado.

—Cuéntame lo que quieras, Gonkal, desahógate. Tal vez pueda ayudarte en algo.

—Es sobre el trabajo, Gina. ¿Podrías explicarme cómo hicisteis los cambios? Ariel me dice que antes funcionabais de otra manera y que a medida que evolucionasteis fue cambiando todo. Me gustaría mucho saber cómo hicisteis el cambio, me refiero, por ejemplo, a cuando teníais que pagar por las cosas y pasasteis a no hacerlo. Le doy muchas vueltas y veo muy difícil poder hacerlo algún día nosotros.

—Es lo que más te ha impresionado, ¿verdad?

—Sí, es que cuando lo analizo, cada vez veo más cosas que se solucionarían así. Se acabaría el egoísmo, que hace que acumulemos cosas privando a otros de tenerlas, aun cuando son igualmente necesarias; se fabricaría lo necesario y bueno para el planeta y las personas, y no lo que produce más dividendos, como las armas, las drogas, etc.; todos tendrían trabajo y podrían comer.

—El cambio comenzó en nuestro mundo a consecuencia de graves acontecimientos que sucedieron en la parte este. Los sufrimientos y las dificultades son a veces necesarios para cambiar, todo sucede por alguna razón. Entonces era un país gobernado de forma independiente,

141

como en tu mundo.

—¿Ahora no hay países, Gina?

—No, ya no.

—¿Y qué sucedió?

—En aquel entonces, ya no teníamos guerras, afortunadamente. Los gobernantes se habían dado cuenta de que sólo servían para que todos se empobrecieran, pero sucedió una catástrofe natural que destruyó casi todo nuestro país y parte de otros, uno de los más prósperos de nuestro mundo, y murieron muchísimas personas. Del gobierno no sobrevivió casi nadie, porque en su sede fue más intensa la destrucción. Afortunadamente, entre los

sobrevivientes había personas sabias que comprendieron el significado de las catástrofes y comenzaron a reorganizarlo todo. Necesitaban enseguida un gobernante muy bueno para que no se creara más caos. Anunciaron por los medios de comunicación que quedaban que todos los ciudadanos debían seleccionar a la persona que les inspirara más confianza por su inteligencia, honestidad y amor al prójimo, o sea, debían escoger personas sabias. En dos días se celebraron unas elecciones muy diferentes a las que se estaba acostumbrado. Los ciudadanos anotaron el nombre de la persona que consideraban más sabia y lo depositaron en las urnas. Los elegidos fueron sesenta personas y entre ellas eligieron al cabeza de todos. En una sola reunión, organizaron a la perfección la reconstrucción y planificaron unos cambios tan

142

significativos, que en pocos años hicieron de ese país el más próspero en todos los aspectos. Pero no utilizaron nunca más el dinero.

—¿Puedes ampliarme un poco más? Es tan interesante lo que me cuentas...

—Espera un momento, voy a llamar para que nos traigan la comida preparada. No se encuentra tan fácilmente a alguien que te escuche con tanto interés.

Gina era estupenda, genial y recé para que Kim y su padre tardaran en llegar y así poder tener más tiempo para conversar con ella. Después de hacer la llamada continuó:

—Reagruparon a todas las personas en las zonas menos dañadas, solicitaron ayuda a los países vecinos, sólo de lo imprescindible, acordando con ellos un intercambio de productos que les podrían suministrar en poco tiempo. Ya entonces habían decidido no utilizar la compraventa con dinero. Querían organizarlo de tal forma que todos tuvieran acceso a lo mismo. Desarrollaron un sistema de control de los trabajos muy bueno, con un método que todavía hoy utilizamos. Muchas personas voluntarias que fueron para ayudarles se quedaron a vivir allí porque eran mucho más felices con aquella forma de vida y organización. En pocos años, ese país se convirtió en el más avanzado, sobretudo en investigación y enseñanza. Algunos países comenzaron a incorporar el sistema de elección de los gobernantes igual que ellos y fueron

143

cambiando sus costumbres. No fue fácil, por supuesto, pero el ejemplo de ese país sirvió de estímulo para el resto. Ahora no tenemos países. Las riquezas y los alimentos de todas las zonas se reparten para todos y todos sin excepción trabajamos para el bien común.

—Es estupendo, Gina, así, tan fácil, sin disturbios ni guerras. No creo que en mi mundo lo alcancemos nunca.

—Cuando sea el momento adecuado, será.

—Hay otra cosa que me gustaría mucho saber: ¿nadie se inventa excusas para no ir a trabajar? Por ejemplo, decir que está enfermo o simplemente no presentarse al trabajo.

—Si una persona no acudiera al trabajo, el organizador avisaría a los controladores correspondientes, localizarían a esa persona y averiguarían qué ha pasado. Toda persona tiene sus días libres y a no ser que esté enferma, cosa muy poco probable (si lo estuviese le asignarían un educador médico para cuidarlo), aquí tiene la obligación de trabajar, en el puesto para el cual está capacitada. También tenemos castigos para quien no cumple con las normas.

—¿Sí? ¿Cómo son los castigos?

—No te lo esperabas, ¿eh? —me dijo riéndose—. Escabullirse del trabajo o inventarse una dolencia te puede costar todos los días libres de un año, pero hace años que no sucede ya.

144

—Gina, ¿no podría quedarme aquí para siempre?

—¡Pues creo que no! Tu trabajo está ahora en otro lugar, aunque a mí me gustaría mucho que te quedaras. ¿Quieres que vayamos a ver los secaderos y continuamos charlando por el camino?

—Sí. Me gustaría mucho.